

dado preparar: la casa que habia ocupado su tio era mui antigua, se estaba arruinando, y ocasionaba tristes y crueles recuerdos, la habia mandado demoler, y en su lugar hacer un edificio cómodo y de buen gusto; y á este fue á parar con su muger. Sus criados y los habitantes de sus estados los recibieron con una alegría indecible. En este dia los guardas de los cotos limpiaron sus escopetas, y se puso en el asador la provision de dos meses: las jóvenes aldeanas desnudaron los jardines de sus flores para hacer ramilletes y llenar sus canastillas, que presentaron entre danzas y vivas á los nuevos esposos. Las madres les presentaban sus tiernos hijos, casi

todos frescos y vigorosos, deseándoles otros semejantes. Eva bajaba sus ojos, y Teodoro la estrechaba contra su seno con una embriaguez deliciosa. Hubo fiestas, danzas, una comida general servida á todos los habitantes de aquel pueblo y de todo el contorno. Teodoro y su muger presidieron esta mesa, y pusieron á su lado al mas anciano padre de familias de todo el canton, que lloraba de alegría, bendiciéndolos.

«¡Ah! esposo querido, decia Eva, apretándole cariñosamente la mano, ¡qué feliz soi yo!»

Al dia siguiente, estando excelente la mañana, dieron los dos un largo paseo. Eva pidió á Teodoro la condujese al sitio donde

estaba situada la habitacion del respetable Hanson , y consintió en ello.

«¿Cómo , querido mio , dice ella luego que llegaron , has dejado este terreno asi desnudo?»

— Sí , amor mio , no he tenido aun espíritu para sustituir cosa alguna en lugar de lo que habia antes.

— Pues mira , me ocurre en este momento una idea escelente , que seguramente vas á adoptar: manda levantar esas ruinas , y la casa tal como estaba con el jardin , la huerta y demas , sin aumentar ni quitar cosa alguna , y vendremos aqui los dos alguna vez á recordar los buenos amigos que ya no existen.

— ¡Ah , sensible y generosa criatura! la sublimidad de tu corazon ya no me admira por estar bien penetrado de ella : ¿pero podré yo nunca hacer cuanto deseo para tu felicidad?»

— Y bien , repuso Eva , enjugando las tiernas lágrimas que bañaban sus ojos , ¿qué te parece mi proyecto? ¿le apruebas?»

— Sí , mi tierna amiga , sí , le adopto , y desde este momento voi á ocuparme de su pronta ejecucion.»

Dejaremos ya de seguir mas á estos tiernos esposos en los por menores de su vida doméstica: esta fue feliz , cuanto se puede esperar en este mundo. Al cabo de un año de matrimonio Eva dió á

luz una niña, y ella misma la puso el nombre de Elisa, añadiendo Teodoro el de Eva. Dos años después fue este padre por la segunda vez de un varón, al que amó tanto como á la niña. Estos esposos se estimaron cada día mas, y fijaron su residencia habitual en la aldea, lejos de aquel trato falso y superficial de las grandes capitales, donde es mas de temer la perversidad de los hombres.

Teodoro, poniendo su conato en mejorar sus fincas, y en hacer la felicidad de los habitantes que dependían de él, fomentando la industria, aliviando y consolando á los desgraciados con sus consejos y su bolsillo, no se creyó ser un individuo inútil á la so-

ciudad. Por otra parte, su esposa, siempre buena, siempre tierna, siempre afanosa por agradecerle, cuidaba con el mayor esmero de la educación de sus hijos, los veía crecer y adquirir diariamente nuevas gracias á sus ojos, con aquel entusiasmo y placer que solo es conocido de las madres.

El anciano Shechem los visitaba de cuando en cuando. Cada vez que iba á verlos, le suplicaban se retirase de los negocios; pero Bensadí tenía mucho apego á sus costumbres, y le costaba mucho mudar de vida. Sin embargo, su casa le parecía muy triste desde que no veía á su hija y á Teodoro en su compañía. Se encontraba allí muy solo: su edad á mas de

esto reclamaba aquellos cuidados que no son fáciles ni gratos sino á la piedad filial. Acabó, pues, por ceder á las instancias de su yerno; pero como no podia renunciar repentinamente al placer de hacer valer sus fondos, conservó un interes mayor en las operaciones mercantiles de algunos de sus socios, de quienes tenia mas seguridad y confianza. Arreglado este punto vendió su casa, y escribió á su hija que iba ya á vivir á su lado para siempre.

Teodoro y su esposa resolvieron celebrar esta reunion con una fiesta de familia, y Eva hizo todos los preparativos. Eduardo y su esposa, la otra hermana de Elisa y su marido, sin olvidar al

noble Hanson, que se habia casado hacia mui poco con una jóven hermosa, á la que habia hecho feliz, recibieron una invitacion circular, y llegaron casi á un mismo tiempo. El dia en que esperaban á Shechem determinaron salir á su encuentro: las cuatro mugeres subieron á un coche con los niños de Teodoro y de Eduardo, y los maridos á caballo las servian de escolta.

Apenas habian hecho dos leguas cuando divisaron la silla de posta de Bensadí, y se apresuraron á llegar á su encuentro: al momento fue rodeado y abrazado por ocho ó diez personas á un tiempo. Este sensible anciano derramaba lágrimas de ternura sin te-

ner fuerzas para hablar. Calmadas estas primeras emociones, colocaron en su carruaje los dos niños de su hija, como él deseaba, y volvió á tomar toda esta comitiva el camino del palacio.

Apenas Shechem puso el pie en tierra, pasó por calles formadas de jóvenes de ambos sexos, que sabiendo había salido su buen señor al encuentro de su padre político, se habían reunido en las avenidas del palacio, todos vestidos de sus mejores galas, para verle pasar y felicitarle de su llegada.

Comió tan numerosa y amable familia en medio de vivas y bendiciones, confundiéndose sus gozosas lágrimas con la placentera ri-

sa y el delicado manjar. A la tarde propuso Eva dar un paseo al rededor del parque, y ella y Teodoro dieron el brazo al anciano Shechem que jamas se había considerado mas feliz.

«Me parece que nos alejamos bastante del palacio, dijo á su hija: ¿te olvidas de que no tengo ya aquellos pies de quince años?»

—Tened, padre mio, un poquito mas de valor, respondió Eva: vamos á descansar al momento.»

Un sendero sombreado de sauces y llorones, mezclados de arbustos odoríficos, los condujo á una casita rústica: era la habitacion del padre de Elisa, reconstruida por Teodoro á instancia de su esposa: al verla Hanson y sus

hermanas se admiraron y se enterrecieron: el aspecto de los sitios donde habian pasado su infancia, les produjo recuerdos tan tiernos como amargos que les arrancó lágrimas de dolor.

A cada paso nuevos monumentos les recordaban un padre, una madre, una hermana, objetos tan queridos como infortunados: su ternura y reconocimiento por la que les procuraba estas dulces sorpresas, estaban pintados en sus miradas: su boca era muda, ¡pero qué elocuente su silencio!

Entraron en la casita: Eva habia sabido de su marido cuál era el órden interior del tiempo de los Hansones: todo estaba dispuesto de manera que no habia la me-

nor novedad, pues aun de los mas pequeños muebles nada faltaba: la pieza que servia de biblioteca estaba destinada para el mismo uso, y se hallaban en ella todos los libros que Teodoro habia visto en otros tiempos.

Lo mismo sucedia con el jardin y con el vergel ó huerto de los frutales: no habian hecho mas que hacerle mas grande: en medio del nuevo plantío, que se componia de abetos, cedros del Líbano y otros árboles de larga vida, se elevaba una rotonda de una arquitectura elegante y sencilla, cuya cúpula ó media naranja reposaba sobre unas columnas de piedras de Portband, revestidas de estuco: sobre la puerta de entra-

da se leían estas palabras: *Templo de la virtud*. En lo interior había muchos gabinetes de música y de lectura, decorados con el mayor gusto. La pieza principal formaba un salón circular con luces á los cuatro vientos: cada lienzo estaba adornado de pinturas alegóricas por diseños que había formado Eva: pero lo que mas particularmente se observaba era un retrato en grande de Elisa, pintado por la misma mano de Eva, por la miniatura que llevaba constantemente suspendida de su cuello. Este retrato era tan parecido, que todos al verle se admiraban, y Teodoro al mostrarle decia á Shechem y á Hanson:

«A la mas generosa de las mu-

geres debo yo todo esto: su ingeniosa sensibilidad, lisongeando mis dolorosos recuerdos, les ha quitado lo que tenían de amargo: ella me ocupa siempre de otra, pero á ella es á quien encuentro por todas partes.

— Prima hermosa, decia Eduardo á Eva, mirando otro cuadro del lado opuesto, ¿me parece que os veo aquí en escena!

— Sí, en efecto yo soi: ese cuadro es de la invencion de Teodoro: vedle en la actitud de la desesperacion, levantando al cielo una mirada que invoca la muerte; y yo, rodeada de una nube trasparente, escoltada de mi Elisa y de mi hijo, bajo la forma de dos amorcillos, me ofrezco de lejos á

sus ojos, poniendo bajo mis pies al genio de la desgracia. ¡Ah! continuó ella con la mas viva emocion, ¡véate yo dichoso, mi querido Teodoro, y nada faltará á mi felicidad!»

Bensadí, colocado entre su hija y su yerno, contemplaba estos interesantes cuadros en un éstasis silencioso. Luego que Eva terminó la esplicacion de la alegoría ingeniosa de que ella era el objeto, le cogió la mano, la acercó á la que le ofrecia Teodoro, y cerrándolas ambas en las suyas, con los ojos elevados al cielo, exclamó con una voz apagada: «Son felices, y yo moriré contento.»

Mientras que todo el mundo estaba ocupado en examinar lo que

habia mas notable en las demas partes de la rotonda, se habia servido en el salon una comida elegante: sentáronse en amable desorden; mas sin embargo, todas las atenciones eran para el anciano Shechem que alternativamente apretaba la mano de Teodoro y la de su hija en las suyas, sin poderles espresar lo que sentia de otra manera que mirándolos cariñosamente con ojos llorosos que manifestaban su placer y su amor.

Queridos mios, dijo Teodoro en el momento de volver al palacio, habeis sido testigos de todo lo que ha hecho la mas amable de las mugeres para cambiar mi desesperacion en el sentimiento que me inspira tan inesperada felici-



dad. Consagremos entre nosotros la memoria de sus beneficios y de mi reconocimiento, reuniéndonos todos los años en este templo elevado á la virtud: aqui nos acordaremos de los funestos efectos del orgullo y de las pasiones odiosas, hasta de la de una temeraria venganza, cualquiera que sea la justicia. Este recuerdo nos enseñará á libertar á nuestros hijos y á todo el que apreciamos, de los males que tanto nos han hecho gemir y suspirar.»

Todo el mundo aplaudió esta idea, y se comprometieron solemnemente á reunirse todos los años en semejante dia. Estas fiestas de familia se celebran aun en los mismos términos que se estableció.

El buen Shechem, aunque mortificado por la vejez y las enfermedades, hace que le lleven al pabellon, y goza de la felicidad de su hija y de su yerno. El hijo de Teodoro, que tiene seis años, anuncia ya un gran fondo de inteligencia: la niña Elisa es el vivo retrato de su madre, y estos dos niños hacen las delicias de los dos esposos, que no pueden amarse mas, pero que estan bien seguros de amarse siempre lo mismo.